



7.—La inteligencia de Cristo: su ciencia

En quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Colos. 2, 3).

INTRODUCCION.

1. El mundo admira el genio y, a veces, todo un siglo se deja dominar por un hombre en quien este don resplandece.
2. Hoy seguimos con admiración el progreso de la ciencia. Estamos en el siglo de los grandes inventos, admiramos las grandes inteligencias.
3. ¡Cuánto más nos admiraríamos si pudiéramos ver la inteligencia de un ángel!
4. Y, sin embargo, no pasa de ser un lejano reflejo de la sabiduría infinita del Hombre Dios. En El se reunían, maravillosamente armonizadas, cuatro clases de ciencia: la divina, la beatífica, la infusa y la natural o adquirida.

A) La ciencia divina.

1. Si Cristo es el Verbo encarnado, tenemos que concederle la ciencia misma de Dios.
2. Porque ¿qué es el Verbo en cuanto tal? Es la ciencia personal del Padre. Ciencia infinitamente perfecta, como el principio de donde dimana.
3. Es, por tanto, la visión eterna en persona. La ciencia misma del Padre.
4. Es, además, el Verbo encarnado, la Luz infinita. «Lumen de lumine». Y le es tan imposible contener su resplandor, como le es al sol contener sus rayos.
5. La sabiduría es en Cristo una incompatibilidad esencial con todo error, con toda ignorancia, con toda imperfección del entendimiento.
6. ¿Qué más significa esta sabiduría? Que Cristo se conoce y se afirma a Sí como es, infinitamente sabio.
 - a) *Cristo, por su ciencia divina, es omnisciente.*
 - 1.º Porque conoce el pasado, con todas sus circunstancias.
 - 2.º Porque conoce el presente, con todas sus ramificaciones.
 - 3.º Porque conoce el porvenir, con todas sus consecuencias.
 - b) *Las criaturas, ante la omnisciencia de Cristo.*
 - 1.º Ante el pasado, presente a la mirada de Cristo: arrepentimiento de los pecados.
 - 2.º Ante el presente: Cristo te está viendo, haz las cosas como las harías en su presencia visible.
 - 3.º Ante el porvenir: confianza inquebrantable en la bondad de Dios; todo lo tiene previsto.
 - 4.º ¿Cómo podré esconderme a vuestros ojos? Si subo al cielo, vuestra ciencia es la luz de él; si bajo a los infiernos, allí la encuentro, y si huyo a las extremidades de la tierra, allí me acompaña (Ps. 138, 6-12).

B) La ciencia beatífica.

Es aquella ciencia que resulta en los bienaventurados de la contemplación de la esencia misma de Dios, en la que se refleja todo cuanto existe.

1. *Cristo poseyó esta ciencia desde el primer instante de su vida.*
 - a) Porque no pudo ser, ni un instante, inferior a los ángeles y bienaventurados.
 - b) Porque es la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, e iluminó primero con la visión beatífica su santísima alma.
 - c) Desde entonces esta ciencia abarca las profundidades de Dios. Aunque sin comprender la divinidad, pues jamás una ciencia infinita podrá igualarse con lo infinito.
 - d) Cristo, sin salir ni distraerse de la divinidad, contempla en ella desde el punto de vista divino a todas las criaturas; Dios las sometió todas a El.
 - e) Se contempla a Sí mismo en la cima de la creación, como cabeza de todos los santos y principio de toda santidad y gloria.

2. *Consecuencias.*

- a) Si Cristo te ve en la inmensidad de Dios, es inútil que te sustraigas a su mirada. El encuentro con la mirada de Cristo es inevitable.
- b) Si Cristo te ve, dí con San Agustín: «No quitaré nunca mis ojos de tí, porque Tú nunca los quitaste de mí».

C) **La ciencia infusa.**

1. La ciencia infusa es aquella por la cual el alma conoce las criaturas en sí mismas, por especies naturales o sobrenaturales que Dios infunde en ella.
2. Nos podemos preguntar: Si Cristo poseía la ciencia divina y la visión beatífica, ¿para qué necesitaba la infusa?
 - a) Porque aquellas ciencias se refieren a la vida íntima de Dios, a la bienaventuranza eterna, más que a las criaturas.
 - b) Porque Cristo poseía una naturaleza perfectísima, en la que no podemos poner ninguna imperfección. Si Cristo no poseyese esta ciencia, su alma estaría en potencia para conocerla...
 - c) Cristo poseía la plenitud de los dones del Espíritu Santo, cuya actuación inunda al alma de luces infusas.

Cristo poseyó esta ciencia desde el primer instante de su vida.

1. Si Cristo es superior a los ángeles, tenemos que concederle esta ciencia, que los ángeles poseyeron desde su creación.
2. Cristo comenzó a merecer desde el primer instante de su vida. Ahora bien: el mérito corresponde a un acto libre y voluntario (distinto, por consiguiente, de la visión beatífica, que ni es libre ni meritoria).
3. Por esto, la oración meritoria de Cristo no sufrió intermitencias. Porque la ciencia infusa actuaba aún durante el sueño.

Actitud ante esta ciencia de Cristo.

1. Para aquellos a quienes nada dice. (Estado de indiferencia. ¿Cristo sabio, me ve? ¡No es verdad! Y si lo es, nada me importa).
2. Para los que creen:
 - a) Motivo de inmensa alegría. Si Cristo tiene este conocimiento, es para remediar nuestros males.
 - b) Motivo de confianza: nada está velado a sus ojos cuando sufres, cuando luchas...
 - c) Responsabilidad de las acciones: todo lo ve y está en todas partes, imposible huir de Cristo.

D) **La ciencia adquirida.**

1. ¿Cómo hablaremos de una ciencia adquirida en Cristo? El que todo lo ve, ¿para qué necesita mirar? El que todo lo sabe, ¿cómo puede preguntar y asombrarse? Y, sin embargo, nos dice el Evangelio:
 - a) Cristo crecía en sabiduría (Lc. 2, 52).
 - b) Se admiraba de la incredulidad de los judíos (Mc. 6, 6), o de la fe de la Cananea (Mt. 15, 28) y del Centurión (Mt. 8, 10).
2. El conocimiento sabemos que es una de las principales operaciones del alma. Si el Verbo asumió una naturaleza humana, tenía que desarrollar todas sus facultades.
3. Cada naturaleza se ordena a su propia operación. Suprimida en Cristo la ciencia adquirida, su entendimiento «agente» no tendría razón de ser.
4. La ciencia adquirida en nada se oponía a las otras ciencias. (Como el conocimiento sensitivo en nada estorba al intelectual).
5. Cristo no fué discípulo de nadie. Los conocimientos adquiridos los tuvo por propia invención (III, 9, 4, ad 1).

CONCLUSION.

1. Cristo, que con su ciencia conocía todos los secretos, pasó treinta años oculto, desconocido. ¡Cómo nos gusta lucir nuestra pobre sabiduría...! Humildad, recogimiento.
2. Su ciencia se encamina a amar. ¡Ay de la ciencia que no se encamine a amar! (Bossuet). «Más quiero sentir la compunción, que saber su definición» (Kempis)